

CUANDO, hace un año, se presentaron los de Rajatabla en el Festival de Sitges, lamentamos en estas mismas páginas que "El señor Presidente" no pudiera verse en una serie de ciudades españolas. Ahora, la que fue ocasión perdida es ya ocasión recuperada, porque "El señor Presidente" está en un teatro de Madrid, prologando una breve gira por nuestro país antes de dirigirse a Polonia. Vamos a ver —en una época de general desinterés del público español por cuanto proponen los escenaristas, a excepción de algunas obras de extrema derecha— si el trabajo atrae a sus teóricos destinatarios y no se malogra la cita.

He visto alrededor de media docena de espectáculos de Rajatabla. El grupo ha obtenido una serie de éxitos, casi siempre polémicos, no sé si porque los dos términos son generalmente inseparables —éxito y polémica— o porque la personalidad de Carlos Giménez, el animador y aglutinador de Rajatabla, se presta a ello.

No es cosa de resumir en unas líneas una larga trayectoria, que ya asomó a la escena española, hace varias temporadas, con ocasión de estrenar "Magnus e hijos", del argentino Monti. Sí es necesario decir que Carlos Giménez —de origen argentino, pero sólidamente asentado en el teatro venezolano desde hace años— ha sido siempre celebrado, incluso en marcos tan ásperos como el Festival de Manizales, por su sentido de la teatralidad, por sus imágenes, por una sensorialidad que lo aproxima claramente a los grandes directores argentinos —Victor García, Lavelli, Savary, etc.— que han trabajado en Europa. Sí, a veces, tal y como ha sucedido con todos los directores argentinos de la generación, esta teatralidad, siempre brillante, arrastró a Giménez hacia el formalismo —por ejemplo, en la adaptación de una novela de Uslar Petri, presentada en uno de los Festivales Internacionales de Caracas—, creo que "El señor Presidente" está mucho más cerca del equilibrio. Sigue en pie esa pasión de Carlos Giménez —tan positiva en un teatro como el latinoamericano, que, al menos en el campo de los grupos independientes, tiende a reducirse al debate político a través de las simples palabras y unos cuantos



Formas surrealistas, oníricas a veces, ajenas a cualquier naturalismo.

"EL SEÑOR PRESIDENTE": crónica de los grandes y pequeños dictadores

JOSE MONLEON

estereotipos— por las imágenes, su talento para crear una iconografía expresiva, su plasticidad en la ordenación de los espacios, de los cuerpos y de los objetos. Y, por lo tanto, de la luz, de los maquillajes, de cuanto es ritmo y materia sensible. Esta vez, sin embargo, la forma aparece —¡como debe ser!— mu-

cho más entroncada en el fondo. Aunque, en este sentido, el cotejo entre el montaje del Auditorio del Centro Cultural y el que vimos en Sitges se preste a interesantes deducciones: aquél se ofrecía en una pequeña sala —más parecida a la nave del Ateneo caraqueño, donde habitualmente trabaja Rajatabla—,

con los espectadores sumergidos en la ceremonia y la pesadilla de la dictadura; éste, en un inmenso anfiteatro, que coloca al espectador fuera y por encima de la acción dramática. El tema es, en el plano de la poética teatral, muy importante, porque de hecho se trata de dos espectáculos distintos, incluso de dos dramas diferentes, por la distinta y diferente relación que establecen con el público.

El censo de actores es disciplinado y compacto. Estamos, realmente, ante un trabajo en donde todo ha sido igual y minuciosamente valorado. La presencia de dos actores españoles —el catalán Carlos Canut y Charly, el que fuera imaginativo intérprete de "Castañuela 70"—, afincados desde hace tiempo en el teatro venezolano, señala, más allá del dato concreto, las relaciones profundas entre dos culturas.

"El señor Presidente" se ha presentado en varios países y ha sido siempre tratado como un gran trabajo. El paternalismo —y aun la devoción— con que la izquierda europea suele tratar hoy las manifestaciones latinoamericanas consideradas revolucionarias ha dado paso, esta vez, a juicios serios y respetuosos. Esa era otra de las razones por las que considerábamos conveniente la presencia de "El señor Presidente" ante nuestro público. Porque los conceptos de "grupo" y de "teatro latinoamericano", oscuramente menospreciados, incluso cuando se emplean buenas palabras, se revelan sólidos y convincentes.

Para mí, por encima de todo, de este espectáculo quedarán dos cosas: la seriedad del trabajo y la superación de las interpretaciones anecdóticas de la dictadura; la idea, muy bien expresada dramáticamente, mezclando la pesadilla y la fotografía —igualmente reales—, la ceremonia y el reportaje, el orden y la crueldad, la acción y la memoria, de que la dictadura tiene en el miedo y en el instinto de acomodación a las circunstancias sus más sólidos puntos de apoyo.

Abajo, lejos, como si no formara parte de la vida, está eso que llamamos el pueblo. Arriba, el dictador. En medio, miles y miles de pequeños dictadores...

Y, sobre todo, la pregunta: ¿Qué son estos últimos cuando el dictador se muere? ■